

Capítulo 3 de *Gutiérrez a secas*

RBA Libros, Barcelona 2002

[www.rba.es/libros/](http://www.rba.es/libros/)

ISBN: 84-7901-824-0

(Reproducción con permiso del autor.)

### III

Gutiérrez jamás habla de su infancia. Ante semejante silencio surge una pregunta ineludible: ¿cómo habrá sido la infancia de Gutiérrez? Pregunta que a su vez abre otro interrogante: ¿por qué Gutiérrez jamás habla de su infancia? No es sencillo llegar a una respuesta. Gutiérrez ayuda poco o nada. Se niega a brindar datos que alumbren, aunque sea malamente, los lejanos días de su niñez. A Ivana jamás le habló de aquellos días. Ni en un solo instante de todos los que estuvieron juntos, Gutiérrez le dijo a Ivana la menor palabra de su infancia. Ivana, por el contrario, le habló largamente de sus tiempos de niña. Le habló del barrio en donde había vivido, de sus padres y de sus hermanos, y le habló de sus años en la escuela primaria; incluso se extendió a los dos primeros de la secundaria. Se puede decir que Ivana le contó a Gutiérrez muchas cosas de su infancia y del comienzo de su adolescencia. Gutiérrez, en cambio, prefirió el silencio. A Ivana no pareció preocuparle ese silencio.

Si como suele decirse, la infancia marca a un individuo, sería de enorme utili-

dad tener información acerca de la infancia de Gutiérrez. Sabríamos, por ejemplo, por qué Gutiérrez eligió la literatura. No podés llamar literatura a esas porquerías que escribís por encargo, suele decirle Requejo, las veces que por casualidad Gutiérrez y Requejo se encuentran en la calle o en alguna librería o en una tienda cualquiera. Gutiérrez, poco afecto a las discusiones, no discute con Requejo sobre qué es la literatura. Gutiérrez piensa que no vale la pena entrar en polémicas, y evita ese tipo de discusiones. Pero Requejo insiste. En una oportunidad le habló de un artículo firmado por cierto escritor que Gutiérrez respeta y Requejo desprecia. Toda literatura es por encargo, se titulaba el artículo, y el escritor que Gutiérrez respeta y Requejo desprecia, entre otras cosas afirmaba: “Todo arte es arte por encargo. Bach y Mozart componían a pedido de sus mecenas; y la gran pintura renacentista fue realizada por idénticos motivos. No se cuestiona la acción, sino el resultado de esa acción. El papa Julio II contrató a Miguel Angel para que le diese vida a la bóveda de una capilla; el generalísimo Franco a un equipo de artistas mediocres para que hicieran algo parecido con las paredes de una iglesia construida en honor del Alzamiento. Basta visitar la luminosa belleza de la Sixtina, y luego atreverse a dar una vuelta por el engendro del Valle de los Caídos para entender lo que digo.” ¿Estás de acuerdo con las tonterías que dice este mediocre?, le preguntó aquella vez Requejo a Gutiérrez. En ciertas cosas sí y en ciertas cosas no, dijo Gutiérrez, pero no dijo en cuáles estaba de acuerdo y en cuáles no; por lo que no hubo espacio para el debate.

Según Freud, el hombre adulto no hace otra cosa que padecer los recuerdos de su infancia. Si fuera válida esta afirmación, Gutiérrez tuvo que haber tenido una infancia más bien chata; sin mayores sobresaltos. Habrá que imaginar que Gutiérrez se crió en el seno de una familia casi burguesa. Hijo de una madre preocupada por los chicos de la calle y otros males del mundo, y de un padre médico o, mejor, abogado. Gutiérrez seguramente fue hijo único. Sobreprotegido por su madre, y con una relación de temor y respeto hacia su padre. En la casa de la familia Gutiérrez había una gran biblioteca, con más de un libro vedado para los ojos del pequeño Gutiérrez. Tal vez ese

veto despertó el interés por la lectura en el pequeño Gutiérrez; de ahí a la escritura hay un solo paso. ¿Aquella antigua prohibición habrá contribuido a que Gutiérrez eligiera la literatura como un medio de vida? Es una pregunta sin respuesta. No hay un solo dato que asevere que Gutiérrez haya sido hijo único, con una madre sobreprotectora y un padre severo. Tampoco que fuera integrante de una familia casi burguesa, poseedora de una gran biblioteca.

Gutiérrez bien pudo ser uno de los cuatro hermanos Gutiérrez, todos varones y todos hijos de Francisco Gutiérrez, de profesión tornero, y de doña Carmen Volando, de profesión ama de casa. Gutiérrez padre tal vez haya sido un hombre de pocas palabras pero claras convicciones políticas. Socialista de la primera hora, se habrá preocupado de que sus hijos se criaran bajo ese ideario. En la humilde casa de los Gutiérrez había muy pocos libros, no tenían espacio para montar una biblioteca; tampoco tenían dinero para comprarlos. Estas carencias no mermaron el interés por la lectura que el Gutiérrez que nos interesa había demostrado desde muy chico. Los otros tres hermanos Gutiérrez solían burlarse del Gutiérrez que nos interesa. Se burlaban porque el Gutiérrez que nos interesa prefería pasar las tardes en la biblioteca pública del barrio en lugar de pasarlas en la plaza, jugando al fútbol. En esa biblioteca pública el Gutiérrez que nos interesa leyó todo lo que tenía a mano, sin ton ni son, desde Shakespeare a Vargas Vila; de ahí a la escritura hay un solo paso. ¿Esa biblioteca pública del barrio habrá contribuido a que Gutiérrez eligiera la literatura como un medio de vida? También es una pregunta sin respuesta. No hay un solo dato que demuestre que Gutiérrez haya sido uno de los cuatro hermanos de esa supuesta familia obrera, con un padre de ideas socialistas.

Gutiérrez bien pudo haber sido un niño huérfano, casi un personaje de Dickens, pupilo en un colegio jesuita. Un alumno callado y respetuoso, poco amigo de las discusiones. Un chico indudablemente tímido que en los recreos eludía a los grupos revoltosos. Optaba por quedarse solo con sus asuntos en el rincón más apartado del patio del colegio. Pero sobre todo prefería las rigurosas naves de la biblioteca. Pasaba horas y horas, en el silencio de esos salones centenarios, inclinado sobre volúmenes

religiosos y profanos. Los padres rectores no dudaban de la vocación sacerdotal de ese niño retraído tan afecto a la lectura; de ahí a la escritura hay un solo paso. ¿Las rigurosas naves de la biblioteca jesuita habrán contribuido a que Gutiérrez eligiera la literatura como un medio de vida? Vuelve a ser una pregunta sin respuesta. No hay un solo dato que demuestre que Gutiérrez haya sido un niño huérfano, pupilo en un colegio religioso.

Estas pueden ser tres infancias posibles de Gutiérrez. Queda a gusto de cada cual elegir la que le plazca. Habrá que tener en cuenta que sólo se trata de un trío de probabilidades ante un número que, según cómo se mire, podría ser infinito. Conclusión que en lugar de atemperar el problema lo complica, tornando más oscuros los primeros años de Gutiérrez.

Suele decirse que los escritores reflejan su infancia en los textos que escriben. En las novelas escritas por Gutiérrez, sin que importe el género que haya abordado —románticas, policiales, eróticas, del far west, etc—, jamás aparece un solo dato acerca de la infancia de Gutiérrez. Por supuesto, es imposible encontrar esos datos en los libros de ciencias ocultas escritos por Gutiérrez; tampoco están en los de autoayuda. Tanto los volúmenes de ficción como los de divulgación científica son libros redactados a expreso pedido de Marabini. La infancia, como bien se sabe, es un período esencial en la vida de cualquier ser humano. Gutiérrez no tiene por qué andar ventilando su infancia en textos escritos por encargo. Tampoco la ventila cuando bajo el papel de Conan, el Magnífico, navega por el ciberespacio. Claro que en ese caso no estaría hablando de la infancia de Gutiérrez sino de la infancia de Conan. Una infancia que no guarda secretos; cualquiera que haya leído las aventuras de Conan la conoce.

Una posibilidad podría ser la novela secreta que Gutiérrez escribe y protege mediante una clave de seguridad en el disco rígido de su computadora. Sin embargo, todo indica que tampoco en esa novela secreta será posible rastrear la infancia de Gutiérrez. En ese texto, del que sólo se sabe que intenta descifrar el enigma de los correctores, de ninguna manera tienen por qué aparecer pistas que revelen un solo dato

de la infancia de Gutiérrez. Probablemente, la novela secreta que Gutiérrez está escribiendo tenga las características de un policial; género inventado por Poe precisamente para resolver enigmas. Si esto fuera así, si la novela secreta que Gutiérrez está escribiendo fuera un policial, casi con seguridad su protagonista será Eric Thompson, el detective inventado por Gutiérrez y principal héroe en muchas de las novelas policiales que Gutiérrez ha escrito por encargo de Marabini. En este caso, lograríamos información acerca de la infancia de Eric Thompson, el detective inventado por Gutiérrez, pero no sabríamos una sola palabra acerca de la infancia de Gutiérrez, que es lo que en definitiva nos interesa. Para llegar a la auténtica infancia de Gutiérrez habrá que aguardar a que Gutiérrez escriba la novela auténtica; esa novela de la que Gutiérrez suele hablar con Requejo cuando por casualidad se encuentran en la calle o en alguna librería o en una tienda cualquiera. ¿Se referirá por fin Gutiérrez a su infancia en la novela auténtica que piensa escribir? Esta también es una pregunta sin respuesta. Gutiérrez no le ha dicho a Requejo cuál es el tema de su novela auténtica, no le ha dicho si piensa escribirla en primera, en segunda o en tercera persona; no le ha dicho si será una novela epistolar o una novela romántica, una novela de aventuras o una novela fantástica. Por supuesto, tampoco le ha dicho si en esa novela auténtica, Gutiérrez se referirá a su propia infancia. Lo curioso es que Requejo no se molesta en buscar respuesta a ninguno de estos interrogantes; tampoco le pregunta a Gutiérrez por su infancia. Cualquiera podría suponer que es una suerte de pacto entre Gutiérrez y Requejo; un pacto de silencio, algo así como el clásico “de eso no se habla”. Quien suponga esto se equivoca. Simplemente, a Requejo le interesa poco el tema y la forma que Gutiérrez elegirá para su novela auténtica; y menos le interesa la infancia de Gutiérrez. No hay por qué buscar segundas intenciones.

Para conocer la infancia de Gutiérrez no queda otro camino, entonces, que aguardar a que Gutiérrez escriba y publique su novela auténtica. Confiar en que seguramente allí Gutiérrez hablará de sus años como niño. Aunque tampoco hay que hacerse mayores ilusiones. Gutiérrez más de una vez ha pensado que los correctores

también pueden corregirle ese texto. En tal caso, no estaríamos frente a la legítima infancia de Gutiérrez sino ante una infancia apócrifa, inventada por los correctores.